

NEOLIBERALISMO E INSTITUCIÓN

DOSSIER

LEONARDO DANIEL EIFF - leoeiff@yahoo.com.ar
Universidad Nacional de General Sarmiento

FECHA DE RECEPCIÓN: 4-6-19
FECHA DE ACEPTACIÓN: 27-8-19

Resumen

El artículo procura indagar distintos modos de abordar el discurrir del neoliberalismo, destacando cómo se anuda con las nociones de acción, tiempo e institución. En primer lugar, recupera una lectura crítica de la doxa que se organizó alrededor del curso de Foucault "El nacimiento de la biopolítica"; luego compara dos investigaciones contemporáneas sobre cómo pudo operar, y sigue operando, el neoliberalismo en América Latina; finalmente, y a la luz de nuestra cuestión medular, esbozamos una discusión teórica en torno al vínculo entre las figuras de la práctica y la de la institución a partir de la perspectiva inaugurada por Merleau-Ponty. En suma, se trata de reponer la complejidad del fenómeno cruzando los enfoques filosóficos con investigaciones de talante empírico intentando extraer sus consecuencias teóricas y política.

Palabras clave: Institución – Estado – actores – prácticas

210

NEOLIBERALISM AND INSTITUTION

Abstract

The article tries to investigate different ways of approaching the course of neoliberalism, highlighting how it is knotted with the notions of action, time and institution. In the first place, it recovers a critical reading of the doxa that was organized around Foucault's course "The Birth of Biopolitics"; then he compares two contemporary investigations on how neoliberalism in Latin America could operate, and continues to operate; finally, and in light of our core issue, we outline a theoretical discussion about the link between the figures of practice and that of the institution from the perspective inaugurated by Merleau-Ponty. In short, it is a matter of replenishing the complexity of the phenomenon by crossing philosophical approaches with empirical research, trying to extract its theoretical and political consequences.

Key words: Government – actors – institutions - practices

Introducción

El neoliberalismo parece conquistar de nuevo América Latina. Mechada con autoritarismo castrense, coaliciones de gobierno estables, derechas democráticas y sensibles, la racionalidad neoliberal ensombrece, de nuevo, la región. A nivel superficial, la polémica intelectual pudo decantar entre aquellos que se guían por los ciclos gubernamentales y aquellos que azuzan otra mirada, ligada a procesos sociopolíticos y subjetividades de mayor calado. Los primeros trastabillan entre lo “post” y lo “neo”, debido a que sus análisis Estado-céntricos obturan dinámicas divergentes. Los segundos tienden a la amalgama o a una despreocupación por la singularidad de lo político, empecinados con lo molecular, forjan, por el revés de trama, una nueva totalidad. Es el hiato entre el tiempo corto y el largo, el deseo siempre postergado de sutura. El tiempo discurre densificando fisuras. Así, el neoliberalismo puede continuar “por abajo” y ser denostado “por arriba”, en sucesivos ciclos gubernamentales. Las brechas del tiempo. Volveré sobre la cuestión –los sentidos de la temporalidad– hacia el final cuando me anime con una hipótesis alternativa: el tiempo como modelo de la institución. Pero para arribar allí propongo un recorrido por los polos antagónicos, cuyo eje controversial es el de la continuidad y la ruptura (en nuestra situación concreta: el kirchnerismo como ruptura con el neoliberalismo de los 90 y el macrismo como ruptura con la razón populista, o hilos de un tiempo común moldeado por una subjetividad neoliberal), a fin de producir su desfondamiento. Por supuesto que las aristas son más complejas, tensionadas y demoradas; sin embargo, cuando la teoría no puede evitar cruzarse con la pasión política, puesto que es inevitable pero no siempre candente, reaparecen los polos. Las ofensas mutuas. Procuro desbaratarlos revelando algunos supuestos compartidos, momentos soslayados, investigaciones disonantes que se vuelven inaudibles, oleajes profundos, para finalmente ofrecer mi sesgo.

A modo de ejemplo. Unos y otros, sin mayores disputas en este caso, comparten a Foucault. Los análisis foucaultianos son contraseña, piso de inteligibilidad. Junto a ello, rige la primacía de la práctica. Prácticas por doquier. En el reino post-secular

de la contingencia, solo hay lugar para prácticas situadas, diferentes y específicas. Y, no obstante: el neoliberalismo es la nueva razón del mundo (Dardot y Laval, 2009). Precisamente, el neoliberalismo es un arte de gobernar. Pero ese arte de gobierno desmenuzado por Foucault, ¿coincide con la serie de trabajos que sitúan el comienzo de su despliegue a mediados de los 70', con Reagen y Thatcher allá y las dictaduras genocidas acá, macerándose hacia la década del 90 tras la caída del Muro para que hoy discutamos su ocasional retiro, repliegue fugaz o presencia constante, intensificada en el ahora más perentorio? Y el ramillete de prácticas aleatorias, las que la filosofía materialista, aquella que salta al tren en marcha sin saber de dónde viene ni a dónde va, postula como horizonte insuperable de nuestro tiempo, ¿coincide con los actores protagónicos de las reformas neoliberales, y si no, de qué modo? ¿Cómo se produce la sustracción y el desvío, un nuevo anudamiento? ¿Cómo lograr una mutua audibilidad entre el neoliberalismo como nueva fase de capitalismo o su elevación a problema filosófico, molde de otra subjetividad, y los análisis empíricos, históricamente contrastados, anclados en la dinámica de los actores? Por supuesto que se puede desechar el cruce, optando por ahondar los usos de Foucault, cuyo vórtice de mayor controversia sigue siendo, como siempre en rigor, el vínculo con la crítica de la economía política, o calibrar la racionalidad con arreglo a fines de los actores, modelos causales probables, renegando de las preguntas fundamentales, es decir, de las penumbras subjetivas de los actores.

Nuestro trabajo, por el contrario, procura desplegar vasos comunicantes, tender puentes sin importar su evidente fragilidad, entre, para abreviar, el neoliberalismo como cuestión filosófica, la nueva razón del mundo o nuevo espíritu del capitalismo, y las explicaciones dedicadas a indagar cómo fueron posibles las reformas de mercado o las políticas de ajuste estructural. Cada perspectiva arrastra sus flaquezas, más o menos obvias. Por un lado, la elegancia filosófica, aunque se pretenda materialista y concreta, no logra asir la lógica de los actores que *hacen la historia*; sospechosa de la inmediatez cósmica de su repertorio de acciones, tiende a encapsularse en el autodespliegue del concepto que, ya sin el

auxilio de Hegel o Marx, vuelve la sospecha contra sí misma: retórica sin conocimiento. Por el otro lado, el lente de aumento en los casos, la obligación metodológica de escuchar la voz de los actores, que produce una universalización modélica a condición de declararse filosóficamente agnóstica, constriñe la lengua, la heteronomiza, divorciando la crítica del conocimiento. La argamasa de estos problemas es vasta: *es un conflicto de facultades*. Pero considero que, al menos, no podemos dejar de ensayar quiasmos, caminos oblicuos. De lo contrario, seguiremos repitiendo a Foucault *ad nauseam*, contentándonos con sugerir que el neoliberalismo no promueve meramente una economía de mercado sino que es un método global de gobierno anclado en el *self-government* –el sujeto como empresario de sí mismo–, o produciendo evidencia empírica que legitima afirmaciones modélicas como la siguiente: los gobiernos neoliberales bajo un régimen democrático ofrecen compensaciones de mayor envergadura a los actores económicos consolidados que los gobiernos neoliberales bajo regímenes autoritarios (variable *régimen político*). En fin, como lo que sigue es apenas un esbozo, sugiero concentrar la atención en unos pocos textos significativos capaces de alumbrar las asociaciones complejas que intentaré respuntear. Me refiero a: *Penser le néolibéralisme. Le moment néolibéral, Foucault et la crise du socialismo* (Audier, 2015), *La economía política del neoliberalismo. Empresarios y trabajadores en América Latina, España y Portugal* (Etchemendy, 2015) y *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática populista* (Gago, 2014). El primero responde a una cuestión medular: la crítica al sentido común foucaultiano –menos por Foucault que por los que abrevan en su magisterio– en el mercado académico que concentra las perspectivas críticas frente al modelo neoliberal. El horizonte foucaultiano, más allá de los palmarios hallazgos que emergen de sus cursos, consolidó una doxa en la que descansa un conformismo intelectual que amerita su revisión. El segundo es un ejemplo notable de la capacidad de las ciencias sociales para enhebrar una comprensión multidimensional del modo en que el neoliberalismo vehiculizó sus políticas; en rigor: el neoliberalismo no es más que su diverso transcurrir, mensurable por comparación antes que por prístina

elucidación conceptual. El tercero porque es un intento de producir una torsión al interior del sesgo foucaultiano cuya pretensión es una nueva escucha para el sonido abigarrado de la política popular. Es decir: una razón o espíritu (neoliberal) *encarnado*. La pluralidad de enfoques es deliberada, coincidente con el afán de motivar confluencias. También la contemporaneidad de las investigaciones. El neoliberalismo *hic et nunc*, cuya intelección no puede decantar en una genealogía del mal o en un “funcionalismo de lo peor” (Bourdieu, 1992:78).

Bajar del pedestal

Desde hace unos años se consolidó un uso canónico de Foucault ligado a su curso sobre el neoliberalismo. Descontamos que el lector conoce sus rasgos medulares, la novedad de su encuadre y su impacto en franjas decisivas del pensamiento crítico contemporáneo. Procuramos calibrar, entonces, recostados en la sesuda investigación de Audier, el revés de trama o los impensados que obliteran aquellos que organizan un plano de inmanencia entre el discurso foucaultiano, la vigente razón neoliberal y su crítica.

Tres ejemplos para comenzar. Foucault centra sus análisis casi exclusivamente en el *Ordoliberalismo* alemán, y en menor medida en la Escuela de Chicago, sin alusión alguna a la revolución thacheriana que comenzaba a despuntar¹ ni a la experiencia

¹ Foucault dicta el curso entre enero y abril de 1979, y Margaret Thatcher triunfa en las elecciones británicas el 3 de mayo de 1979. Sin embargo, algunos sucesos inmediatamente anteriores o en pleno desarrollo, y otros de mayor alcance, podrían haber sido captados por el lente foucaultiano. 1) Thatcher gana las internas del Partido Conservador en 1975 e inmediatamente se transforma en una dirigente disruptiva, que abiertamente fustiga el Estado de bienestar y propone soluciones neoliberales. Es la líder de la oposición al gobierno laborista. 2) A comienzos de 1979, mientras Foucault dicta su curso, sucede en Gran Bretaña el llamado “invierno del descontento” (ola de huelgas a causa de la alta inflación y un creciente desempleo), que mina al gobierno laborista y potencia a sus oponentes conservadores, liderados por Thatcher, quienes “no habían mantenido en secreto su intención de, en caso de ser elegidos, afrontar los problemas económicos de una forma drástica (Roberts, 1980: 236). 3) El gobierno laborista convoca a elecciones el 28 de marzo. La breve campaña se desarrolla bajo el claro favoritismo de los conservadores. 4) El resumen de curso para el *Annuaire du Collège de France* redactado con posterioridad, que a menudo es aprovechado por Foucault para clarificar o agregar temáticas convergentes (como es el caso del libro de Pierre Rosanvallon, *Le capitalisme utopique*), se revela imperturbable respecto a lo que acontece al otro lado del canal de la Mancha. Podrían haber sido... y no lo fueron. No cabe reproche alguno, apenas

de los *Chicago Boys* en el Chile de Pinochet. Hoy casi cualquier abordaje *longue durée* del neoliberalismo destaca esos dos episodios como fundantes. Sorprende, o más bien hay que dar cuenta del desplazamiento genealógico o la diversidad posible entre el registro teórico y su aterrizaje histórico-social. En segundo lugar, Foucault inscribe el arte liberal de gobernar en la tradición *crítica* –los neoliberales alemanes heredan la problemática kantiana de Husserl o Weber–; además, a diferencia de la seguridad que ofrece el modelo soberano, asentado en la diada de protección/obediencia, dicho arte enseña a *vivir peligrosamente*. El reenvío a Nietzsche y al criticismo kantiano, conociendo el lugar que tuvo el filosofar a martillazos a lo largo de la obra foucaultiana y el que adquiere la palabra *crítica* en los años finales de la década del 70', obliga a pensar. Por lo menos: el neoliberalismo para Foucault es algo distinto al sentido común repelente que fuimos forjando a lo largo del Siglo XXI, paradójicamente, en algunos casos, apoyados en las portentosas espaldas del maestro francés. En tercer lugar, la gubernamentalidad neoliberal articula heterogeneidades, produce diferencias y multiplicidades, deja proliferar subjetividades; no depende de un sistema de equivalencia general ni requiere homogeneizar la sociedad. En consecuencia: las tesis del *Hombre unidimensional*, *la sociedad del espectáculo* o *la sociedad totalmente administrada*, corren detrás, carecen de vigor heurístico puesto que el régimen neoliberal de gobierno opera con otro registro. Así, Foucault, quien conserva la ambigüedad con relación a la continuidad entre liberalismo clásico y neoliberalismo, no ahorra denuestos para la pereza crítica de la izquierda intelectual, que se contenta con actualizar el análisis del fetichismo de la mercancía. El curso del 79 resiste cualquier aplanamiento, pero es muy directo en su divorcio del *gauchisme* post 68. Hoy, notablemente, es habitual mezclar a ese Foucault con la conceptualización del neoliberalismo como reino de la mercancía que aplasta la potencia plural de la vida.

revela un sesgo a señalar, pero también la arbitrariedad de aquellos que destacan las características proféticas del curso.

Pregunta Audier: “¿Podemos leer las lecciones en el *Collège de France* sobre el neoliberalismo, como lo hacen la mayor parte de sus lectores, de sus intérpretes, soslayando su contexto histórico, biográfico y discursivo?” (Audier, 2015:129). La respuesta implícita va de suyo. Contra, por ejemplo, el neofoucaultismo, mechado con análisis marxistas y emancipatorios, de Dardot y Laval, Audier, a lo largo de más de 500 páginas, reconstruye el contexto de preocupaciones de Foucault, que, por supuesto, difieren del nuestro. *Ideas in context*. Sin duda. Lo sugestivo, más allá del obligado enfoque contextual, reside en las pepitas maliciosas del reconstructor. La medular: “la revolución thatcheriana en preparación constituye uno de los enormes puntos ciegos del curso” (Audier, 2015:131). El enfoque germanocéntrico obtura cualquier curiosidad por la decisiva transformación que se inicia en Gran Bretaña (Audier, 2015:75). Así, mientras Foucault afirma que el modelo económico-social alemán –fusión entre *free market* y *Rechtsstaat*, o el “neocorporativismo democrático” en lenguaje sociológico– se torna dominante en los países capitalistas, invalidando la recurrente admonición de izquierda a la uniforme sociedad de consumo y a la impecable lógica del capital, Thatcher rechaza explícitamente dicho modelo optando por un enfrentamiento directo con los sindicatos. O, mientras Foucault omite “la dimensión religiosa de la ofensiva neoliberal y conservadora, Thatcher destaca su importancia decisiva en un discurso pronunciado en marzo de 1978 en la iglesia de St. Lawrence Jewry: solamente el cristianismo puede recuperar las virtudes indispensables para remoralizar la sociedad” (Audier, 2015:483). O sea: es infructuoso buscar en el curso algún análisis de la combinación entre libertad de mercado y políticas nacional-identitarias. En suma, sí ambicionamos comprender ese giro, histórico-concreto, antes que Foucault mejor leer al gramsciano Stuart Hall, lúcido examinador del poder thatcherista, o incluso a Poulantzas, quien, a pesar de su nula predisposición para asir la novedad subjetiva (el sujeto como empresario de sí) que trama el neoliberalismo, enhebra un riguroso análisis de clase con una lectura de los cambios en el tablero internacional que le permite dilucidar la ola neoliberal como una ofensiva de las clases dominantes. No es el caso de Foucault.

Y no lo es por el propio sentido del abordaje, demasiado idiosincrático para iluminar todas las facetas del fenómeno. En efecto, la sempiterna disputa con el marxismo –althusseriano en el caso francés– obliga a desechar un acercamiento en términos de ideología o representación. El neoliberalismo es una práctica. O un conjunto de ellas que no se dejan aprehender ni por los análisis de clase ni por las teorías (fóbicas) del Estado. El clásico descentramiento vertical, que impidió siempre situar la obra foucaultiana en las grillas políticas disponibles, abre el campo de investigación que es el suyo, y por el que será reconocido: el neoliberalismo como arte de gobierno y el sujeto como empresario de sí. Sin embargo, el hallazgo es menos iluminador del neoliberalismo en general que un modo de comenzar a salir del atolladero, filosófico y político, que amenazaba el movimiento del pensar, luego de calibrar su teoría del poder y de su breve período de entusiasmo revolucionario, tras *Mayo del 68*, junto a los maos. Se advierte, la búsqueda de un pasaje, como por otra parte destacaron los sesudos intérpretes con que cuenta su obra, en los continuos desplazamientos, el tratamiento siempre pospuesto de la biopolítica como caso ejemplar. Ahora bien, el cambio de perspectiva, o al menos cierta modificación del encuadre problemático, en Foucault –por ejemplo: el pasaje de las sociedades disciplinarias al régimen de gubernamentalidad y de la muerte del hombre a los juegos de verdad del sujeto consigo mismo–, tuvo ¿su momento neoliberal? Audier coquetea con la frase-concepto acuñada por Pocock para elevar una serie de episodios a coyuntura filosófica. Hacia fines de los 70, el derrumbe de la alternativa revolucionaria y las dificultades del Estado de bienestar para reproducir su armazón social están a la orden del día. Tiempo de crisis, y de reordenamiento general de las sensibilidades políticas. Las novedades del Este: la burocracia imperante, e imperturbable, el tema de los derechos humanos como crítica política, la reivindicación de la autonomía de la sociedad civil, ensombrecían definitivamente la hipótesis jacobino-leninista como itinerario plausible de transformación social. Foucault se desmarcó siempre de esa senda. La primicia es que pone su caja de herramientas, enraizada en micro-luchas específicas, pero infinitamente pluralizables, al servicio

de la elucidación del devenir neoliberal. Puede leerse su intelección deleuziana de la teoría del capital humano: la sociedad empresa como multiplicidad y diferencia; de ningún modo mensurada como grillete subjetivo. No sugiero una complicidad filosófica con el *nuevo espíritu del capitalismo* (los más osados pincelan un Foucault neoliberal), pero a simple lectura aflora el genuino interés del autor, la validez heurística del fenómeno, completamente alejado, y opuesto, de las recriminaciones político-morales que manan de las interpretaciones hoy dominantes. Por lo menos puede asentarse que Foucault es parte de la renovada atención que suscita el liberalismo en sentido laxo (reformas de mercado, vigencia del Estado de derecho, liberalismo posible en Francia) hacia fines de los 70', cuya contracara es la pendiente en la que ingresó la izquierda marxista, a la que Foucault dedica severos juicios, procurando colaborar con su caída por el precipicio.

La relevancia decisiva del estudio histórico-político que venimos trajinando radica en la mutación de lentes que sugiere: no hay que leer a Foucault con la lente de aumento, profética, de un crítico del neoliberalismo *avant la lettre*, sino con la lente quirúrgica que interviene al interior de la coyuntura crítica del socialismo. La trastienda del curso foucaultiano es la crisis del socialismo. El neoliberalismo es un purgante de su anterior, breve pero intensa, participación en los círculos izquierdistas, un capítulo más de su punzante crítica a la *koiné* marxista, aunque radicalizando sus señalamientos, como vimos con sus alusiones desdeñosas para con Marcuse o Debord. Si es dudoso *el momento neoliberal* de Foucault, no hay dudas de su participación en *el momento Solzhenitsyn*, que atribuló a la intelectualidad francesa y renovó las fronteras político-intelectuales. En efecto, la centralidad del neoliberalismo alemán se debe a su inscripción en la problemática socialista, puesto que *el socialismo está conectado con algún tipo de gubernamentalidad*. No obstante, como no existe un arte socialista de gobernar ni una reflexión específicamente socialista sobre los regímenes múltiples de gubernamentalidad, todo se remite a un *Texto* cuya consecuencia es pensar el socialismo en el contrapunto verdad / falsedad, con la subsiguiente dificultad para demarcar la ciencia de la moral. En cambio, si pudiéramos explicitar la conexión

entre socialismo y gubernamentalidad enseguida brotaría, según Foucault, una interrogación correlativa: “cuando se cruza la frontera que separa las Alemanias, la de Helmut Schmidt y la de Erick Honecker, cuando se atraviesa esa frontera, la cuestión que todo buen intelectual occidental se plantea es, desde luego, la siguiente: ¿dónde está el verdadero socialismo? ¿En el lugar de dónde vengo en el lugar a dónde voy? ¿A la derecha, a la izquierda? ¿De este lado, del otro lado? ¿Dónde está el verdadero socialismo?” (Foucault, 2007:118-19). Las preguntas, como se observa, emergen de la alianza entre socialismo y verdad, pero Foucault las desfonda al desplazarla hacia la socialdemocracia alemana. La socialdemocracia, destaca Foucault, rompe con el lenguaje marxista de la lucha de clases y la dictadura del proletariado e incorpora, en el mismo gesto de ruptura, la práctica gubernamental neoliberal que se había tornado consustancial a la legitimidad del nuevo Estado alemán tras 1945, el año cero. En otros términos: a partir del congreso de Bad Godesberg (1959) el socialismo alemán encuentra en el modelo neoliberal de economía social de mercado un tipo específico de gubernamentalidad a la altura, digamos, de las exigencias del siglo XX. Por el contrario, el socialismo francés, preso de una filosofía progresista de la historia y de una fijación estatista, derivada de su apego al jacobinismo, adolece de una genuina práctica gubernamental. Audier reconstruye las críticas foucaultianas, abiertas y solapadas, a la Unión de izquierdas (PS y PCF) y su programa común, y su simpatía, jamás plenamente declarada, para con la *deuxième gauche*, que, alrededor de Michel Rocard, procuraba renovar la cultura de izquierda polemizando con su estatismo campante.

En este sentido, la fecundidad histórica del neoliberalismo atañe a la renovación de las relaciones entre izquierda y formas de gobierno en el marco intelectual de la llamada crisis del marxismo, en el contexto novedoso de un gobierno abiertamente liberal en Francia (los años de Giscard d’Estaing) y, finalmente, en el mapa filosófico-político: la evidencia palmaria del agotamiento de los modelos del orden y la revolución condensados y direccionados hacia el Estado. El caso alemán, cuyo momento de mayor politicidad es la adhesión del SPD a las tesis neoliberales de

gobierno, permite introducir un contraste al interior de la discusión intelectual francesa. En al menos dos planos. Primero, el abandono de la comprensión del capitalismo sustentado en la lógica implacable del Capital y sus contradicciones explosivas, y, en segundo lugar, la organización del gobierno en torno a reglas jurídicas antes que alrededor de la soberanía. Es decir: el fin del análisis marxista, con sus derivaciones vulgares o pequeño burguesas (agricultura familiar, Pymes), del capitalismo y el corte con el modelo absolutista-jacobino que subordina la ley a la soberanía. ¿Qué será del socialismo tras la resonante bancarrota de su *Weltanschauung*, sus sesgos cognitivos y los rasgos peculiares de sus compromisos políticos? Foucault interviene en el debate desde sus investigaciones originales sobre la *gubernamentalidad*. ¿Cómo? Destacando la ausencia de un arte socialista de gobernar y señalando la incorporación del genio liberal por parte de la socialdemocracia alemana a fin de tornar viable la práctica de gobierno sobre sociedades que están dejando de ser disciplinarias. El neoliberalismo en su versión socialista (recordemos que para Foucault el neoliberalismo como artificio gubernamental no es, en principio, ni de derecha ni de izquierda) subordina el Estado a las reglas jurídicas –Estado de derecho– y atempera las contradicciones de clase con una economía institucional que diseña políticas de cooperación, pluralizando intereses. Foucault arremete contra las jeremiadas de la izquierda sobre el proceso de “fascistización” del Estado alemán, destacando la singularidad de una política centrada en lo jurídico y una economía cobijada en su dimensión institucional. Respecto a las anticipaciones: Foucault subraya que dicho modelo de Estado (alemán) va a producir una inflación de demandas judiciales, el rol del poder judicial será medular en la época por venir.

En suma, con la colaboración de Audier, me interesó destacar la conexión, que emerge del curso, entre neoliberalismo y socialismo. *El nacimiento de la biopolítica* respuntea menos una nueva razón del mundo, o el arribo de una nueva fase del capitalismo, que una articulación fructífera y problemática capaz de asir, tornasolándolo como práctica concreta, el pasaje de sociedades disciplinarias (donde logra respirar la crítica marxiana y donde siguen apuntando los programas

de transición al socialismo de las izquierdas durante la década del 70') a los regímenes de gubernamentalidad, cuya razón se asienta en la multiplicidad, el control de sus efectos, y en el deseo de libertad, que rebasan el calidoscopio del Estado y las clases sociales. Advertir la ambigüedad del curso foucaultiano respecto al neoliberalismo, en lugar de aplanarlo para legitimar una perspectiva insumisa, en rigor ya resuelta con anticipación, ilumina el detrás de escena de sus palabras: el cuestionamiento radical de una tradición política y el intento de recoger sus pertrechos para pergeñar, acaso, otra forma de vida.

Viejos y nuevos actores

Las investigaciones de Sebastián Etchemendy (2015) y Verónica Gago (2014) discurren por carriles paralelos, ni siquiera opuestos, habitan mundos de sentido que difícilmente puedan rozarse. Quizás sorprenda que intentemos cruzarlos, pero la tarea de pensar exige asociaciones complejas, diálogos improbables. El discurso del método puede alejarlos; no es el caso de la pregunta de la investigación, aquella que trasluce el quiasmo entre ciencia y política o el conocimiento y su trastienda –puesto que no hay conocimiento sin trastienda. Se trata de enraizar la magna palabra *neoliberalismo* en los sujetos, subjetividades, actores y acciones, e interrogar: ¿cómo fue posible el despliegue del neoliberalismo? ¿Por qué caló tan hondo en las afectividades político-sociales? ¿Por qué sus reformas y prácticas nodales parecen irreversibles? Las investigaciones disputan las respuestas inmediatas, y perezosas. La primera respuesta alude a una racionalidad neoliberal, en tanto nueva fase del capitalismo, que recorre el orbe vertiendo renovadas sociabilidades, otro sistema-mundo. La segunda insiste, como un mantra, con el *consenso de Washington*, y sus políticas de aplicación universal. Ambas explicaciones desgajan las razones y las políticas de las elites de los actores sociales que habitan los terrenos de “aplicación”. Con lecturas apresuradas de Foucault, como exploramos, provenientes de un marxismo *pret-à-porter*, o deudoras de linealidades históricas autocomplacientes, se organiza

un “neoliberalismo por arriba”, Estado-céntrico (el neoliberalismo como política de Estado), cuya reversión evoca, apenas, cambios de elencos gobernantes. En fin, la razón del sistema, del Estado o de elites transnacionales, conduce la intelección. Etchemendy sugiere que carece de sentido hallar políticas neoliberales por doquier si no somos capaces de enraizar la comprensión en la dinámica interactiva entre Estado y sociedad –o mejor: entre políticas públicas y actores sociales relevantes–, puesto que su especificidad histórico-concreta moldeará a su guisa las sociedades, actores y políticas de gobierno que brotarán de la gimnasia reformista. Gago, por su parte, desconfía de la capacidad de reversión de las lógicas neoliberales a partir de la conquista del Estado, es decir de un “arriba” que reconfigura un “abajo” a su antojo, puesto que soslaya dinámicas sociales, resultado profundo de las reformas neoliberales, que ya no son capturables en coaliciones mercado-internistas, discursividades nacional-populares, o corredores directos de las reparaciones a los derechos. En ambos estudios hay un *abajo* que explica y desborda. Allí reside el punto de sutura: alcanzar una intelección que sospeche de causalidades amparadas en las elites (nacionales o transnacionales) o en diseños de políticas públicas, resaltando otros anudamientos. Las consecuencias científicas y políticas son muy sugerentes. En primer lugar, ilumina las causalidades inmanentes del neoliberalismo; en segundo, revela que ese concepto no expresa más que un sistema de diferencias, depende de los actores en liza, cuya variabilidad se debe menos a la astucia de la razón que a la intensidad de las disputas; por último, el destaque de su viscosidad y complejidad interroga el acotamiento “politicista” que consiste en calibrar las prácticas en pos de un cambio electoral de las elites gobernantes, como si eso bastará y pasáramos con un golpe de varita mágica retórica al reino de lo “post”. El punto de sutura no omite los enfoques discordantes. Los actores relevados no coinciden puesto que Etchemendy destaca las trayectorias previas de los sujetos sociales (viejos actores) y su impacto decisivo en la tonalidad de las reformas y el ajuste, y Gago, en cambio, ausculta flamantes texturas subjetivas (nuevos actores) y territorios que organizan la trama *neo (y post) liberal*. Precisamente, ensamblar el pliegue con la fisura vuelve

audibles, y comparables, las investigaciones, añadiendo hebras para aquello que nombramos con el rotulo de *neoliberal*. Por último, así como Foucault entreteje las interrogaciones sobre el neoliberalismo haciendo *pendant* con el socialismo a partir de la cuerda común de la gubernamentalidad, los trabajos de Etchemendy y Gago tensan el cordel hacia el populismo de raigambre peronista, con dos preguntas: ¿cómo un partido de origen popular logró viabilizar reformas económicas que empeoraron la vida de millones de trabajadores? ¿Cómo se ensamblaron gobiernos antineoliberales, a partir de la recuperación del Estado, con mecanismos sociales cuya racionalidad es neoliberal?²

La lógica de la mayoría de los relatos sobre la economía política del neoliberalismo en Chile está construida “desde arriba”: los estudios en general se enfocan en la naturaleza autoritaria del régimen y en las habilidades de los equipos tecnocráticos para aislarse de las presión sociales (...) Sin embargo, este libro también sostiene que un análisis comparativo integral del modelo chileno de ajuste debe combinar la perspectiva “desde arriba” con un análisis construido “desde abajo”, es decir, que tenga en consideración el tipo de actores que emergieron en Chile tras décadas de desarrollo ISI (Etchemendy, 2015: 337)

223

El párrafo alude al modo de asir la consolidación del neoliberalismo bajo el régimen autoritario de Pinochet. Elijo esta cita por dos razones. Primero, porque remite a Chile, país clásico del modelo neoliberal en América Latina; segundo, porque condensa los propósitos de la investigación, más allá del caso chileno, con su reenvío topográfico al “arriba” y al “abajo”. Los estudios que recortan un “arriba” focalizan en las elites estatales y sus políticas públicas, miden las razones del éxito o fracaso de su aplicación, pero relegan el “abajo” que lo hizo posible, y,

² Para evitar que el lector juzgue como impropio o excesivo mi recorte reenvío a conocidos textos de las ciencias sociales argentinas, que, por un lado abrevan en *la crisis como locus* (Merklen, 2005; Svampa y Pereyra, 2003) o en el *dictum* “desde abajo” (Svampa, 2000), en los procesos de desafiliación y reconfiguración de la condición obrera y la identidad popular (nuevos actores), y, por el otro lado, en los modos de vinculación del peronismo con los actores económicos tradicionales, y más relevantes, a lo largo de ciclos históricos signados por los periodos presidenciales peronistas: “los actores socioeconómicos predominantes durante el gobierno de Menem dispusieron de una capacidad económica para imponer condiciones favorables a sus intereses incomparablemente mayor (*que durante el primer peronismo*, aclaración mía) y contaron con más recursos para intervenir en la toma de decisiones oficiales” (Sidicaro, 2002:239).

sobre todo: ¿cómo fue posible? En rigor, no son acabadamente *comparativos*. En cambio, la investigación de Etchemendy rastrea otra combinatoria: el tipo de régimen político y el tipo de actores que emergen del anterior modelo sustitutivo de importaciones. Así, por supuesto, se construyen las variables y la tipología: régimen autoritario /democrático; actores ISI (empresarios y sindicatos) fuertes /débiles, y el punto de mira: la política de *compensaciones* para los actores directamente afectados por la apertura y desregulación de la economía nacional. No voy a detenerme en las estrategias metodológicas, la discusión al interior de la ciencia política respecto a las perspectivas del institucionalismo histórico (el lector puede consultar el libro con provecho), con excepción del concepto cardinal de esa orientación analítica: *path dependence*. En concreto: las trayectorias previas de los actores condicionan las políticas en la coyuntura crítica de las reformas. La investigación testea la “presión desde abajo” (Etchemendy, 2015:177). Su fuerza, o su capacidad de elaborar alternativas, va a definir no solo el tipo de compensación (en la tipología: *cuota de mercado* para actores ISI fuertes en democracia; *subsidios* para actores ISI débiles en democracia; *transferencias monetarias* para sectores informales en dictadura, sin compensación alguna para los actores ISI débiles. Por país: Argentina, España, Chile), si no, y conjeturando un más allá, lo que llamaremos “el modelo neoliberal”. En rigor, no hay tal *modelo*, o paquete de medidas de aplicación universal, sí rasgos comunes (programas de estabilización, liberación financiera y comercial, ajuste industrial y despidos masivos de trabajadores) que no sugieren demasiado si no logramos aterrizar esas políticas en casos específicos. Etchemendy procura enraizar la lógica de la comprensión y enhebra la siguiente conclusión: la relación entre los patrones de compensación y el tipo de actores en los sectores empresarios y de la clase trabajadora vehiculiza de modo muy distinto las políticas de ajuste y liberalización, y su legado: reconfiguración de la clase industrial y penetración extranjera en la economía; rol del Estado en la economía; capacidad de movilización sindical en el marco de una economía abierta; la nueva partición de la clase trabajadora entre incluidos y excluidos. Así, el neoliberalismo es menos un sistema que una constelación

histórica hilvanada por los repertorios de acción históricamente disponibles en una coyuntura precisa.

Botones de muestra. La investigación se demora, o sistematiza, en la comparación entre España y Argentina, por su parecido de familia y por los resultados contrastantes que arroja. Ambos llevan adelante las reformas de mercado bajo regímenes plenamente democráticos y con partidos en el gobierno de impronta y tradición popular y laboral (PSOE y Partido Justicialista). Sin embargo, Argentina contó con empresarios que dominan sus mercados, una burguesía fuerte y en liza con el Estado puesto que durante el período ISI la estructura básica de la producción estuvo en manos privadas, que condicionó decisivamente la política pública. En España, por el contrario, el estatismo franquista no permitió un crecimiento autónomo de la burguesía -el *Instituto nacional de industria* controlaba la estructura básica de la producción y forjó una capa burocrática pública experta en la dirección de grandes conglomerados industriales-; así, al momento del ajuste neoliberal el gobierno socialista aprovechó la debilidad empresaria y la fortaleza estatal para dirigir y controlar el proceso sin mayor negociación y con *subsidios compensatorios* (créditos blandos, beneficios fiscales). El resultado, en España, fue consecuencia de un plan que distinguió entre empresas que cerraban, otras que se sumaban a *Holdings* públicos para luego ser vendidas a empresas multinacionales o constituir “campeones nacionales” privados en los nichos productivos donde el país contaba con ventajas comparativas. En Argentina no hubo plan diseñado por el Estado, sino una negociación que permitió mantener una compensación por *cuotas de mercado* para las empresas dominantes del período ISI (Techint, Perez Companc, Socma, Bagó, Roemmers, entre los señalados), es decir, una combinación de protección con liberalización que se explica por el rol relevante y protagónico de los actores empresarios privados y acaba en la venta de activos públicos y privados a grandes empresas multinacionales, o no tanto: el caso flagrante de Repsol absorbiendo YPF. En suma: la densidad del poder económico antes que las habilidades para aceitar conexiones políticas determinan el tipo de compensación.

El ajuste en el sector laboral provoca la siguiente pregunta: ¿cómo fue posible una masiva reducción de empleo durante gobiernos democráticos y con movimientos sindicales bien organizados? Respondemos con una cita esclarecedora:

En este estudio se intenta derribar algunos mitos con respecto al ajuste laboral en la Argentina y España. En la Argentina, la ausencia de programa de empleo significativos para atenuar el ajuste y la masiva destrucción del tejido social en las comunidades industriales en los años 90 no debe atribuirse a la anomia de una clase trabajadora golpeada por la hiperinflación, la falta de capacidad administrativa del Estado, o la fuerza de la identidad peronista de la clase trabajadora. Responde, más bien, al tipo de organización sindical tanto a nivel local como nacional, y a la consiguiente ausencia de protestas sindicales prolongadas. Del mismo modo, el carácter amplio que tuvo la compensación orientada a los trabajadores de la industria en ciertos sectores en España tiene menos que ver con el enfoque “socialdemócrata” de la reforma de mercado que, con la lucha de sindicatos de base con poder previo, que generó protestas permanentes y violentos choques con la policía (Etchemendy, 2015:307)

226

La explicación no es, entonces, ni macro-histórica (derrota de la clase trabajadora) ni cultural (identidad de los sujetos), es organizacional, cuyo esquema responde a un patrón histórico. Los trabajadores argentinos afectados lucharon contra el ajuste, el problema es que no contaban con los recursos materiales y simbólicos para sostener las protestas. Estos se concentraban en las direcciones nacionales de los sindicatos, cuyos incentivos organizativos y burocráticos eran otros. Por eso, el gobierno de Menem compensó con cuotas de mercado a los sindicatos (obras sociales, acciones de las empresas privatizadas) y no desarrolló programas de empleo o planes sociales masivos. El tipo de organización sindical argentina, monopólica y centralizada, sostiene un actor social fuerte pero cuyo patrón de negociación está convenientemente emancipado de las necesidades inmediatas que emergen de las fábricas. En España ocurre exactamente lo inverso. La lucha contra el franquismo fortaleció a los comités de empresa, quienes concentraron la legitimidad y los recursos; allí residía el poder sindical antes que en las direcciones nacionales. En el marco del ajuste, la presión de los trabajadores se hacía sentir en

los comités; en consecuencia, las demandas se organizaron en torno a una compensación directa a los trabajadores, logrando, en muchos casos, subsidios e indemnizaciones por encima de la media europea. El modelo sindical español es plural, organizativamente débil, pero su propia diversidad, que le obtura una agregación vertical siempre venturosa para negociaciones complejas a escala nacional, lo hace permeable a las demandas de la base. Lo anterior permite comprender porque ante sucesos similares –por ejemplo, cierre de altos hornos en Sagunto y en Somisa, despidos masivos– las respuestas y los resultados son contrastantes: compensaciones burocráticas y compensaciones directas a los trabajadores afectados. En un caso se conservó la organización sindical tradicional, su papel en la vida nacional, a costa de un drenaje de afiliados (morigerado en algunos casos con exitosas gestiones empresarias de las obras sociales liberalizadas) y de una partición estructural en el mercado laboral entre un sector formal y otro informal; en el otro se mantuvo un nivel de vida aceptablemente “europeo” para los trabajadores cuyo correlato fue un ahondamiento de la pérdida de la capacidad sindical de intervenir en la vida nacional. Y Etchemendy, con una bienvenida dosis de ironía, inculca una paradoja: la democracia española, pactista y consensual, atravesó el período de ajuste estructural con altos niveles de conflictividad laboral (incluidas no pocas escaramuzas violentas) y la democracia argentina, agonal o de escasa densidad institucional, atravesó el mismo período conteniendo exitosamente la conflictividad laboral hasta casi la vuelta del siglo (Etchemendy, 2015: 222)

227

La certera ironía –de algún modo contra la zoncera medular de la democracia argentina: las mieles de un pacto de la Moncloa– ilustra, a su vez, los límites de la zona apuntada por la investigación. Se trata de los actores institucionales, o institucionalizados. De todas formas, la estrella polar del *actor* ahuyenta al ogro del “modelo neoliberal”, su razón fáustica que convierte lo diverso en equivalente mercantil. Por el contrario, la comparación sistemática, informada históricamente, y atenta a la plasticidad de los actores en determinadas coyunturas (versatilidad cuyas fronteras provienen de sus trayectorias previas antes que de la “bajada de

línea” del modelo), ilumina paradojas, matices, desviaciones, o el ensamblaje práctico de la ecuación neoliberal, cuyas reformas asoman como irreversibles pero sus consecuencias para el tejido productivo y social son tan disimiles que la comparación solo admite el contraste.

Ahora bien, si el neoliberalismo fuera solo eso –un conjunto de políticas que podemos asir atendiendo a las dinámicas sectoriales inscriptas en un discurrir histórico situado– sería excesivo pensarlo con relación a las *formas de vida*. Los dispositivos subjetivos que habitan el modelo de actor que indaga Etchemendy no alcanzan, y no podrían de acuerdo con su enfoque, a respuntar el aterrizaje del neoliberalismo en la cotidianeidad de la vida. Y es este el *mundo* que organiza *La razón neoliberal*. Entonces: menos el “abajo” de los actores, que funcionan con la lógica del interés y la política de los políticos, que micropolíticas ligadas a la producción de la vida como cálculo. La vida no viene moldeada, nadie sabe cómo vivir; se requieren prácticas, ejercicios, razones, que le den *forma* a la vida. El neoliberalismo es una de ellas. Foucault y su curso son filiación, contraseña conceptual y política, pero también posibilidad de torsión, que alejan el texto de Gago de toda *doxa* neo-foucaultiana. El neoliberalismo *por abajo* opera a través de una red de prácticas y saberes que se observan a nivel molecular antes que en macroprocesos Estado-céntricos o imperialistas. ¿Dónde? En el conjunto abigarrado y heterogéneo de la economía popular, cuya trama se expande por América latina. “Desde América latina, hay que completar a Foucault partiendo de las revueltas de la última década y anclar allí la crítica al neoliberalismo como modo de poder, de dominación y desposesión” (Gago, 2014:16). La frase, en la estela de los estudios de la subalternidad y la postcolonialidad que advierten una veta limitante en el sesgo eurocéntrico de Foucault, revela un anclaje político que pretende agrietar la racionalidad neoliberal sin tropezar con los polos falsamente contrastantes del mercado versus Estado, puesto que su nivel de análisis totalizante desconoce el particular ensamblaje *neoliberal* y, además, “considera que su superación depende básicamente de políticas macro-estatales llevadas adelante por actores de la misma talla (...) Si no se las discute más allá de la definición

simplista del neoliberalismo, la felicidad política queda encorsetada en el estatismo como solución (imaginaria) de todos los problemas” (Gago, 2014:15).

Primera torsión: arraigo preciso en una territorialidad periférica (que es un notable caleidoscopio de los procesos de gubernamentalidad) cuya forma es lo *informe*, la *informalidad* como invención cotidiana, energía instituyente. La villa, la feria y el taller producen sentidos y afectos que desbordan el concepto; lo barroco antes que el dispositivo panóptico. Segunda torsión: montaje entre proceso de valorización y de subjetivación. Ligado a la deuda de Gago con la tradición intelectual del marxismo italiano (no gramsciano), la investigación destaca cómo las economías populares ponen en juego el valor. Más allá de la explotación, sin soslayarla desde ya, existe una pragmática vitalista que pluraliza los usos del valor, cuyos efectos de utilidad no se dejan capturar plenamente por la lógica abstracta del equivalente puesto que desbordan hacia lo común, o hacia valores de uso comunitario y social. El pasaje de la dualidad del trabajo a la ambigüedad del valor –evidenciada en la compleja indagación de una autoempresarialidad de masas– encuentra su correlato en la noción de *cálculo* como *conatus*. Porque agujonea la sempiterna moralización de las clases populares, Gago logra auscultar un quiasmo entre pasiones e intereses, desligado del locus clásico del *homo economicus*: el cálculo es forma de vida. Un vivir peligrosamente. En rigor: “mapear las economías populares es una forma de mapear el neoliberalismo como campo de batalla” (Gago, 2014:227) Tercera torsión: pregunta por un modo de vida no neoliberal, y su envés: interrogación en torno al carácter irreversible de las reformas de mercado y el tipo de sociedad que moldea. Confrontación decisiva con la *razón populista*, que imagina agregaciones verticales despolitizando lo social o volviéndolo mero objeto de la política, puesto que no inmuniza al neoliberalismo, ya que los actores que interpela, o mejor: de acuerdo con cómo los interpela, acota el vasto territorio de lo social en cuyos márgenes lo popular sigue atravesado por la razón neoliberal. Por tanto, discutir salidas, alternativas, superaciones implica rastrear cómo el neoliberalismo es incorporado en el saber-hacer popular.

La política de los gobernados, la política popular, es un *saber lidiar*. El cemento social de la politización subalterna serían menos las demandas no reconocidas, las cadenas equivalenciales, la traza de una frontera interior de carácter antagónico, que un abigarrado arte de la negociación a partir de las racionalidades disponibles (tradiciones comunitarias, históricas, lógicas migrantes, mediaciones institucionales, etc.) que desborda cualquier intento totalizador o aglutinante a través de un tercero que se emancipa y vuelve como autoridad. Gago procura asir la porosidad cognoscitiva entre la razón neoliberal y su exceso: lo común. La potencia de lo popular talla una lógica barroca, un tiempo heterogéneo –reacio al transcurrir homogéneo de la nación y la clase cuya conciliación saturó el programa modernista del tercermundismo– que trama subjetividades en fuga, o tiempos políticos asolados por rebeliones esporádicas, pero recursivas, que denotan un dinamismo popular inaudible para la interpelación populista. Por ejemplo, el migrante como inversor de sí, de su capital humano (Foucault, 2007), supone un cálculo estratégico y existencial, y el ingreso en tramas comunitarias que, al mismo tiempo, demandan la ciudadanización del migrante y establecen prácticas, modos de vivir y habitar, que desafían tanto el modelo de ciudadanía clásico (cívico y laboral) como el imaginario del sujeto de la revolución o el pueblo político que pergeña la razón populista. Así, la geometría del conflicto es desplazada, o entrevista en sus rasgos heterocíclicos. Los nuevos actores que nacen tras la consolidación del orden neoliberal no se oponen frontalmente; como la guerrilla de antaño, se escurren, aparecen y desaparecen, exasperan lógicas, negocian y estallan: *contrapuntean*. Se apropian, arruinan, relanzan, alteran, el dispositivo de la razón neoliberal (Gago, 2014:303). Iluminación de la politicidad *desde abajo*; sus razones y astucias. La pragmática popular como modo de vida es la pista que admite, en su potenciación, imaginar una vida común tanto post-neoliberal como post-estatal. De lo contrario, asistiremos al *corsi e ricorsi* de una matriz política cuya consistencia es imposible: “la imagen de un *arriba* omnipotente para el estado es, sobre todo, nostalgia” (Gago, 2014:302).

Prácticas e instituciones

Ahora quisiera retomar la cuestión de la temporalidad –las brechas del tiempo– en relación con el modo en que se instituye el neoliberalismo, y esbozar una intelección divergente calibrada en la noción de *institución*. Agrego que se trata del comienzo lábil de una hipótesis a partir de una insatisfacción respecto a los regímenes de verdad e historicidad centrados exclusivamente en las prácticas de los actores.

En primer lugar, las investigaciones que recorrimos sugieren una vigorosa crítica a la persistencia analítica del modelo de la soberanía, que insiste en comprender las reformas de mercado desde elites apoltronadas en el Estado o a partir de diseños en gabinetes globales de la política mundial, y aventura respuestas dentro del modelo –recuperación del Estado– inoculando un contenido popular ajeno a la lógica neoliberal. Gago y Etchemendy minan el consenso, y las facilidades que admite, estatalista, acudiendo a la verosimilitud concreta de las prácticas. Acciones que responden a principios de utilidad, que se asienta no solo en una racionalidad con arreglo a fines sino en enjambres históricos. El cálculo se produce, se vuelve vida o acción, a partir de una geometría de las pasiones cuyo enraizamiento es densidad temporal. En rigor: el tiempo es el modelo del actor, y sus prácticas. Las diferencias: Etchemendy se conforma con la espuma de la historia, el tiempo-ahora del que brotan las secuencias del antes y el después (*tiempo vulgar*, según el filosofar heideggeriano), cuya trayectoria constriñe la racionalidad posible de los sujetos sociales, es decir, interroga el investimento histórico de los actores, el cemento de historicidad que da sentido a las acciones, dejando en penumbras la pregunta por cómo se produce el engarzamiento del que los actores son portadores; Gago, en cambio, escudriña una imbricación posible entre el abigarramiento del espacio (territorio) y la heterogeneidad del tiempo, pero su inmanentismo radical (que sospecha de cualquier vínculo fructífero entre la *potentia* y la *potestas* puesto que se intuye coartada trascendentalista, que acaba en una ponderación de vínculos representativos que anestesian dinámicas populares

autónomas) emplaza la gubernamentalidad en un régimen de prácticas reinscribiendo la ecuación clásica entre temporalidad y subjetividad, como, por otra parte, sucede con el último Foucault tras su fugaz atención por las derivas contemporáneas de la política. En suma, conjeturamos que la investigación de Etchemendy pondera la fuerza de *lo instituido* y Gago destaca el movimiento de *lo instituyente*³.

Como sabemos, el término institución contiene en su valencia original los dos momentos, el de lo instituyente y lo instituido. El instante de la decisión, la fundación de un proceso, una fisura del tiempo, y el objeto de ese acto o fundación en cuanto presente incorporado o ya sido (Larison, 2019). De todas formas, a pesar de dicha acepción es posible advertir la dificultad que presenta la noción, puesto que tiende a bifurcarse su sentido enfatizando algunos de los polos. Es decir: aunque la mayoría de las investigaciones en ciencias sociales tienen incorporado el debate entre “agencia y estructura” o la imbricación entre la contingencia última de lo social y los sedimentos que pincelan el discurrir de las prácticas, la dificultad no cede, o no puede ir más allá de una petición de principios anti-dicotómica que, sin embargo, insiste. Y lo hace porque persistimos en una concepción tradicional del tiempo, a través de la cual lo instituyente se anuda a una temporalidad subjetiva cuya acción se imagina como interrupción del movimiento objetivo del mundo y lo instituido responde a un tiempo cristalizado –como historicidad dada o herencia– que se ofrece como marco de sentido, o perímetro de lo posible, del repertorio de acciones que los sujetos en liza pueden imaginar plausibles.

“El tiempo, dice Merleau-Ponty, es el modelo mismo de la institución” (Merleau-Ponty, 2012: 6). La noción de institución permite salir del predominio de las filosofías de la conciencia socavando el sistema de contrastes que ellas trazan: entre lo interno y lo externo, lo innato y lo adquirido, lo orgánico y lo aprendido, lo individual y lo social, lo privado y lo público. El sendero que permite explorar la

³ Los polos disonantes, cuya pregnancia opera más allá del rechazo epidérmico o vehículo del buen pensar, acaso encuentre un eco en la teoría marxista del Estado, que, en sus diversas modulaciones, discrepa de la visión instrumentalista (la junta que administra los negocios de la burguesía...) del Estado, y, sin embargo, tropieza de manera recurrente con ella.

institución revela la arbitrariedad de las distinciones establecidas. El curso de Merleau-Ponty es un trabajo de zapa, mina la polaridad entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la cultura, y sigue siendo muy sugerente para los vigentes estudios sobre la vida y lo común. Indaga un tiempo del medio, capaz de romper la privatización que implica la primacía del sujeto o el anonimato que se desprende de la objetivación del tiempo. El medio es lo común. Habitáculo de experiencias, ni envuelto ni envolvente, tampoco es una perspectiva que remite a un para-sí. Se trata del pasaje del tiempo pensado bajo las figuras del movimiento, la sucesión y la subjetividad hacia la figura de la simultaneidad; campo de sentido cuyas dimensiones son múltiples.

No voy a abundar en estas disquisiciones filosóficas (de todas formas: medulares), puesto que procuro esbozar una reflexión del neoliberalismo como *institución histórica*. Asirlo de ese modo implica romper con el contraste entre ruptura o continuidad. El dinamismo del tejido histórico sobreviene porque existe una temporalidad simultánea. Ecos, intercambios: la institución es matriz simbólica. O un acontecimiento que abre un campo, *una historia*, una continuidad, que es tan contingente como necesaria. Existe un *vitalismo* de las instituciones⁴, que impide recortarlas en sus dimensiones osificantes, mortuorias, enajenantes o disciplinantes, para anteponerles el tesoro de las prácticas. La urdimbre de la institución impide postular abismos tales como régimen policial / régimen democrático o tiranía del equivalente general / prácticas situadas, diferentes e irreductibles. La *razón neoliberal* indaga dicha complejidad, rehusando el conformismo autocomplaciente de la polaridad, pero enflaquece su perspectiva cuando envía a la institución al condenable trascendentalismo (la teología política), sin advertir que la gubernamentalidad neoliberal es un régimen de prácticas (gubernamentalidades múltiples) porque es institución histórica. Una matriz de sentido antes que un modo de subjetivación. Pero sentido inmanente a la vida: la institución como forma de vida. O fenomenología de la institución.

⁴ El término remite al uso que le da Maurice Hauriou (1968), quien recrea el vitalismo bergsoniano para reflexionar sobre el derecho y el Estado más allá de su gélida objetividad.

Las trayectorias históricas prefiguran los caminos posibles de los actores en coyunturas críticas, cuyas causalidades se propone iluminar el *institucionalismo histórico*. Sin embargo, allí (como leímos en la investigación de Etchemendy) la historia es fuerza exterior y la institución un conjunto de disposiciones que pesan como mochilas cognitivas sobre los sujetos. Queda impensado el proceso de interiorización, la comprensión es siempre retomada por alguien –por eso el “arriba” y el “abajo” es siempre espacial y nunca temporal–, y cómo encastra un tiempo en otro sin por eso anular la especificidad temporal de la coyuntura. Por el contrario, el neoliberalismo como hermenéutica del sujeto al enfatizar los afectos, la composición contingente de cuerpos, ladea la verticalidad y profundidad del tiempo, la cristalización de una historia. Merleau-Ponty ejemplifica con Weber y Marx: “Pregunta: ¿no existe un fundamento de esta diversidad misma y de la capacidad acumulativa? Max Weber: en efecto, es necesaria reunión fortuita, pero a partir de estas condiciones se engendra un sistema que tiene su lógica (...) El Capital debe ser considerado como institución y no como sombra, huella vacía de una producción socialista, de una sociedad sin clase, *i.e.*, de la consciencia absoluta en la que cada uno sólo puede ser siendo todos” (Merleau-Ponty, 2012: 14-16).

234

En fin, no alcanza con la crítica –imprescindible, sin duda– del “neoliberalismo por arriba” si el *abajo* presume un sujeto, una tipología de actores o modos de subjetivación, que se bandea entre los extremos de la teleología o la fulguración, puesto que, a pesar del ponderado anudamiento, los polos de lo instituido y lo instituyente cuando irrumpen, de modo explícito o no, constituyen un campo de antagonismo. Acaso haya que escuchar menos el manantial de las prácticas y sus afectos, que tropiezan a menudo con metafísicas del sujeto cuyos procesos de verdad exigen su muerte ¡pero nadie sabe qué hacer con el cadáver!, que el discurrir de la vida: la vida como institución.

Conclusión

La trama posible entre *formas de vida* y *formas de gobierno* es crucial para un pensar político que se rehúsa a seguir hurgando en los trastos desvencijados del Estado y la Revolución –aunque la iluminación de su derrotero enredado sigue siendo imprescindible. El neoliberalismo, sin duda, logra hilvanar un entramado vigoroso que, bien visto, empequeñece las respuestas extraídas de las leyendas políticas nacionales. El artículo procuró un triple movimiento de enraizamiento a fin de complejizar la situación política contemporánea fustigando los pensamientos de sobrevuelo, que imaginan ogros para enfrentarlos con una extraña combinación de crítica y superioridad moral. El primer enraizamiento gira en torno al nombre aglutinante de Foucault. Bajarlo del pedestal portátil al que fue elevado para restañar las ambigüedades de su enfoque, que lejos de apuntar las armas de la crítica contra la razón neoliberal, amplía el ángulo de toma hacia las taras de la izquierda (aún vigente en las zonas más estatistas que, sin embargo, conciben la economía y el derecho como ideología), produciendo un intenso contrapunto entre neoliberalismo y socialismo entrevisto desde una pregunta candente: ¿cómo gobernar? El segundo enraizamiento vehiculiza una comparación entre dos investigaciones contemporáneas que, a pesar de sus perspectivas explícitas, comparten el ademán microscópico contra los grandes panoramas cuyo eje es la denuncia de sistemas unívocos, o diseños políticos extraterritoriales, y, por el revés, el menoscabo del papel de los actores o la infantilización, moralmente tranquilizadora, de las clases populares. Ambas investigaciones son sismográficas (la presión desde abajo o el dinamismo de la política popular), y ese rasgo las torna cruciales para pensar el neoliberalismo en su amplia gama, es decir, sin atemperarlo con la figura del “modelo” a fin de facilitar la oposición a él. El foco en actores sociales relevantes, a partir de su singular derrotero histórico, o la lógica barroca que abigarra la racionalidad neoliberal (*cálculo*) con la racionalidad popular que persevera en su ser (*conatus*), irradia una faceta del neoliberalismo en cuanto modo de producción de la vida social, a menudo señalado pero soslayado a cuenta del modelo como paquete de aplicación que ofrece una paleta escasamente colorida. Finalmente, el tercer enraizamiento pretende prolongar el sentido de las

investigaciones evocadas radicalizando la interrogación del neoliberalismo como *institución histórica*. Para ello, el pensar exige reconsiderar, conjuntamente, la concepción del tiempo y la noción de institución. De lo contrario, si la temporalidad sigue ligada meramente a procesos de subjetivación la institución continuará con su aparecer fenoménico contrastante (instituyente / instituido). La lectura de Merleau-Ponty (antes que Foucault quien con innumerables sutilezas prosigue la profundización de los polos, con la parcial excepción de los cursos sobre los modos de gobierno, pero el filón no fue del todo explorado) escudriña una brecha hacia una renovada convergencia entre tiempo e institución, capaz de romper la férrea alianza por oposición entre, por un lado, el tiempo objetivo (el mundo histórico para las ciencias sociales) y el tiempo subjetivo (ligado a la subjetivación minoritaria, anómala, cuyo común no puede ser público) y, por el otro, la figura de lo instituido (actor colectivo, tipología organizacional, inscripción territorial) y la figura instituyente (acción disruptiva, inesperada, contingente, expresión del desacuerdo de los sin parte...). En suma: pensar la institución recrea una serie de reflexiones políticas más allá de la osificación o la agitación.

236

Entrelazar el gobierno con la vida permite cartografiar con mayor rigor el discurrir neoliberal, sobre todo si lo cotejamos con los razonamientos perezosos del Estado versus el Mercado o a la inversa. De todas formas, conviene explorar la veta de la fenomenología de la institución puesto que allí la vida es menos ramillete de prácticas en proceso de formalización (gobierno) que *institución de la vida*. En fin, el artículo dio un largo rodeo para abrirse paso hacia una teoría política de la institución, que no podrá surgir como autosuficiente elucidación conceptual sino a partir del estudio de las formas contemporáneas de gobierno, y el neoliberalismo es, sin duda, un caso ejemplar.

¿Cómo se cita este artículo?

EIFF, L. (2019). Neoliberalismo e institución. *Argumentos: revista de crítica social*, 21, 210-238. Recuperado de: [link]

Bibliografía

Audier, S. (2015). *Penser le "néolibéralisme". Le momento néolibéral, Foucault et la crise du socialismo*. París: Le Bord de l'eau.

Bourdieu, P (1992). *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Paris: Seuil.

Dardot, P., Laval, C. *La nouvelle raison du monde. Essai sur la société néolibérale*. París: La Découverte.

Etchemendy, S. (2015). *La economía política del neoliberalismo. Empresarios y trabajadores en América Latina, España y Portugal*. Buenos Aires: Eudeba.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: FCE.

Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

Hauriou, M. (1968). *La teoría de la institución y la fundación*. Buenos Aires: Abeledo-Perrot.

Larison, M. (2019). *Fenomenología de la institución, entre filosofía y ciencias humanas: la vida, el tiempo y lo común*. Revista *Devenires*. (Manuscrito en prensa).

Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

Merleau-Ponty, M. (2012). *La institución – la pasividad. Notas de curso en el Collège de France (1954-1955)*. Barcelona: Anthropos.

Roberts, Geoffrey (1980). El parlamento británico en 1979. *Revista de Estudios políticos* (nueva época), 13, 231-245.

Sidicaro, R. (2002). *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946-55 / 1973-76 / 1989-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Svampa, M. (2000). *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, M., Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.